

# PRÓLOGO

*Arturo Monterroso*

Conocí a Los Desatosigados mucho antes de que adoptaran ese nombre. Todos eran escritores aunque es posible que alguno de ellos no lo supiera. Quizá la escritura, en esos tiempos que ahora se me antojan remotos, sólo había sido un puente entre la realidad y el deseo; “ese relámpago de lo invisible –como dice Luis Cernuda–, esta larga mesa a la deriva”. Claro que también pudo ser una manera de resolver la propia existencia, una entelequia. Un modo de describir el propio universo, a veces caótico, a veces manso; de no ahogarse en las calles sin fondo de la intimidad, o de un simple ejercicio lúdico de la palabra. La palabra, esa materia húmeda, reseca y diversa que, con frecuencia, no consigue nombrar esos territorios sombríos, lánguidos, atroces –o luminosos, ¿quién puede negar que tenemos días inesperadamente placenteros?– que todos atravesamos alguna vez en la vida. Puede ser también que sólo se tratara de la búsqueda de un procedimiento para contar sus historias. Como en su tiempo hicieron Cortázar, Queneau, Duchamp, Calvino y demás miembros del Ou-

lipo, el Taller de literatura potencial de los años sesenta del siglo XX, inspirado en el Colegio de Patafísica; la patafísica, esa curiosa ciencia de las soluciones imaginarias. Es difícil saberlo. Muchas veces uno empieza a escribir en la duermevela de un lugar desconocido. Y va a tientas, perseguido por una sombra inquietante, buscando el picaporte de una puerta. Pero no sabe si hay puerta. Si la hay, quizá tras ella encuentre lo que busca aunque, muchas veces, ignore la causa de su desasosiego. O de su necesidad de golpear el teclado para producir una palabra liberadora, esa llave que abre algunas cerraduras. De eso se trata. De abrir puertas y rutas de escape; de caminar entre la vigilia y el sueño; de un péndulo que viaja entre la realidad y el deseo.

Sentados frente a la computadora, una pantalla en blanco nos mira con su ligero temblor de indiferencia; con su palidez de papel fantástico donde, en cualquier momento, va a irrumpir un relato. Pero no viene por sí mismo, como un soplo que nos seduce; nosotros lo invocamos y terminamos por atraparlo. Nosotros lo provocamos. Nosotros lo construimos. Muchas veces, a partir de casi nada. Ya se sabe: no hay recetas. Sin duda un golpe de inspiración (ese caballo que trota en los pastizales de la memoria, esa mujer que nos mira pasar desde una ventana sin agapantos, el agua que cae como un golpe de martillo de vidrio entre las voces del vecindario), la rabia que viene de las cosas que no salieron bien o la dulzura arrancada con sutileza de la piel ayudan para encontrar la primera palabra; la frase elusiva que viene y se aleja como un moscardón que vuela en el aire de una mañana que ya

hemos olvidado. Lo demás es trabajo. Sin largas horas dedicadas a encontrar los vocablos precisos; sus significados y sus secretos mecanismos, toda aspiración a escribir es inútil. Hay que dominar las herramientas del lenguaje; aprender a lubricar los engranajes que facilitan el paso entre frases y oraciones, a crear la atmósfera de la historia, a construir personajes memorables. La gramática, la ortografía y la sintaxis no son artilugios inventados para ofendernos veladamente; son utensilios de labranza. Escribir no es fácil. Pero es una de las actividades más satisfactorias cuando uno descubre que eso es lo que quiere hacer en la vida.

El nombre de Los Desatosigados surgió como una ocurrencia; todos sus integrantes habían participado en varios talleres de escritura cuya consigna fue siempre el abandono de las preocupaciones. Nada debía atosigarnos. Digo “atosigarnos” porque aunque dirigí algunos de esos talleres, siempre me sentí como uno más del grupo. Las penas, las preocupaciones y el cansancio debían quedar afuera. Bueno, al menos eso intentábamos. La vida se nos pone difícil de vez en cuando; no siempre puede uno evadirse, a pesar del alivio que produce el acto de escribir, la presencia de los libros. La escritura era para nosotros en esos tiempos –y sin duda lo sigue siendo ahora– un ejercicio que carecía de solemnidad y empaque. Y que todos ejercían con tanta desenvoltura como se habían propuesto. El taller era un reducto donde podíamos crear historias, subvertir el orden de las cosas o conciliar nuestras propias contradicciones. Cada quien venía a contar sus relatos (y a leer sus poemas –sí, también escribimos